

LA AMBIGÜEDAD TEMPORAL EN *SU ÚNICO HIJO*

La historia crítica de la segunda novela de Clarín se ha mostrado unánime en considerar su objeto como una obra difusa, ambigua, difícil de encasillar estilísticamente. Al considerar *La Regenta*, nos encontramos con que esta obra, que supuestamente debe reflejar la asociación de Alas con el naturalismo, ofrece una terminación más completa, deja menos cabos sueltos que la novela posterior, perteneciente a la que se ha considerado etapa idealista del autor. Para complicar las cosas, la inconclusión de *Su único hijo* está relacionada con una parquedad en el descripcionismo y la ambientación, señalada por todos los críticos de la novela. A esta parquedad viene a sumarse la imprecisión temporal, aspecto que ha provocado desconcierto en los lectores, y que no ha suscitado grandes esfuerzos de la crítica para explicarla formal y temáticamente. Casi todas las discusiones de este elemento fundamental de la materia novelística, de importancia constitutiva en esta obra, se han limitado a determinar, con mayor o menor precisión, la época en que Alas sitúa la acción. Las opiniones varían notablemente según los críticos, los cuales, como puede suponerse, ponen el acento en unas u otras experiencias o acontecimientos¹. Pero dentro de las discrepancias domina el consenso de una ambigüedad temporal deseada por el autor, lo cual plantea necesariamente la necesidad de analizar la función textual de esa ambigüedad deliberada.

¹ Azorín fue el primero en observar una contradicción entre la impresión de modernidad del ambiente de la novela y detalles, como el del alumbrado de aceite en el teatro, que, según él, retrasan la acción a la década de 1830. AZORÍN, "Una novela", *ABC*, 1 de febrero de 1950. Baquero Goyanes sitúa la acción en una época inmediatamente post-romántica, "tal vez hacia 1850 o poco después". MARIANO BAQUERO GOYANES, *Una novela de "Clarín": "Su único hijo"*, Murcia, 1952, p. 20. Basándose en una posible alusión a la ópera *Otello* (1887), Noël Valis la retrasa hasta finales de la década de los ochenta,

Como efecto buscado por el autor, la imprecisión temporal no es insuperable. Lejos de constituir un aspecto indiferente de la narrativa de Clarín, la datación de la trama permite situar históricamente la ambigüedad temporal de la novela, y por consiguiente trasladarla del registro puramente formal al registro temático en que la técnica narrativa adquiere significación. Clarín establece el marco histórico de la novela por aproximaciones, apoyando las coordenadas temporales en una intuición directamente opuesta

es decir, hace a la acción contemporánea de la época de redacción de la novela. NOËL MAUREEN VALIS, *The decadent vision in Leopoldo Alas*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1981, pp. 113-114. Pero, aun suponiendo el conocimiento de esta ópera por Clarín, la alusión podría no tener intencionalidad referencial en la ambientación de la novela. A guisa de comentario autorial, indicaría, en cualquier caso, el tiempo del narrador, no el del personaje. Otro dato en que se apoya Valis es la referencia a la regencia de María Cristina de Habsburgo (1885-1902): "Así como, si a Sagasta o a Cánovas, caídos, los llamase la Reina al amanecer, poco más para formar Ministerio" (p. 117). La referencia nos sitúa en cualquier momento posterior a 1885, fecha en que Cánovas, Primer Ministro bajo Alfonso XII, indica a la reina la conveniencia de iniciar su regencia formando un gobierno liberal bajo Sagasta, que había sido primer ministro durante el fugaz reinado de Amadeo de Savoya (abdicó en 1873). La reina "volvió a llamar" a Cánovas en 1890, a Sagasta en 1892 y a Cánovas de nuevo en 1895. Puesto que la comparación de Alas sugiere la restauración por María Cristina de un Cánovas "caído", es forzoso adoptar como término *ab quo* la fecha de 1890, en que tuvo lugar la primera de las restauraciones de Cánovas por la regente. El término *ad quem* lo impone la publicación de la novela en 1891. Clarín tiene, pues, en mente la restauración de Cánovas en 1890, si bien esta precisión no nos sirve para encuadrar la época de la acción, pues tampoco en este caso parte la comparación de ninguno de los personajes, sino del narrador, que no comparte con aquéllos la temporalidad de la novela. D. J. O'Connor argumenta a favor de una fecha posterior a 1868, basándose en que la difusión del darwinismo en España es posterior a este año, y siguiendo a F. García Sarriá en la opinión de que esta obra refleja el conflicto intelectual suscitado por la doctrina de la evolución. F. GARCÍA SARRIÁ, en su edición de las conferencias de GENARO ALAS, *El darwinismo*, pronunciadas en el Casino de Oviedo en 1887 (University of Exeter, 1978, p. xlv). La presencia del evolucionismo en la obra es innegable. De la familia Valcárcel se nos dice: "Por el camino de retroceso que llevaba aquella raza se volvía a la horda; era aquél el atavismo de todo un linaje" (p. 18). Pero también en este caso es esencial distinguir entre el tiempo del narrador, que podemos centrar convencionalmente en la fecha de publicación de la novela, y el tiempo de los personajes y de la acción. Ahora bien, O'CONNOR no da un solo ejemplo de darwinismo en la conversación, pensamientos o inquietudes de los personajes, "The telescoping of time in Clarín's *Su único hijo*", *RNo*, 23 (1982), p. 137. CAROLYN RICHMOND, con mayor precisión, propone la década de los sesenta. En su tesis doctoral inédita, *Clarín's "Su único hijo"*: *A novel of ambiguity and crisis*, University Microfilms, Ann Arbor, MI, 1976, p. 44.

a la del tiempo monumental². Si éste está compuesto por acontecimientos objetivados en la memoria colectiva y materializados en los objetos culturales encargados de incorporar el sentido de la historia, el tiempo que sumerge la conciencia de los personajes de esta novela es un tiempo subjetivo, señalado por repliegues vivenciales, por personas y acontecimientos de perfil difuso y siempre en trance de extinguirse juntamente con el pasado que actualizan. Cuando el narrador nos dice que “por la tienda de Cascos había pasado todo el romanticismo provinciano de los años cuarenta al cincuenta” (p. 28)³, el acceso a esta información procede no tanto de la omnisciencia del narrador en tercera persona —omnisciencia limitada por la dimensión temporal y espacial que conforma su función y la distingue de la de otro narrador cualquiera—, cuanto de la persistencia de ese romanticismo bajo la forma de nostalgia objetivada en la tertulia de la todavía concurrenada tienda de Cascos. Clarín procede a situarnos históricamente mediante alusiones a una conciencia temporal aproximativa y decididamente precaria, como la del tertuliano que, “hombre de prodigiosa memoria”, recordaba que “las de Gumía habían muerto en La Habana, donde era el año cuarenta y seis magistrado el marido de la mayor” (p. 31). La mención de la prodigiosa memoria de quien todavía recuerda sucesos de 1846, así como la situación de esta fecha con anterioridad a la muerte de ambas hermanas, que a su vez antecede en un tiempo indefinido a la reunión en que se las recuerda, hace pensar, para la acción de la novela, en una fecha bastante posterior a la mitad del siglo.

Una acumulación de detalles delimita progresivamente la época de la acción y permite reducirla a un momento histórico suficientemente preciso. Parece inútil enumerar exhaustivamente tales referencias; baste mencionar algunas de las más concluyentes. En el último capítulo se dice que estaba de moda *La Traviata*, estrenada en Venecia en 1853, y en Madrid dos años más tarde⁴.

² Empleo este término en el mismo sentido que PAUL RICOEUR, *Temps et récit*, Seuil, Paris, 1984, p. 159. Para Ricoeur, “de ce temps monumental relèvent les figures d’Autorité et de Pouvoir qui constituent le contre-pôle du temps vif”. Es precisamente el poder y la autoridad, o mejor dicho, la carencia de ambos, lo que mejor define la personalidad de Bonifacio Reyes, y lo que determina el sentido de su temporalidad, tejida de intimidad y cotidianidad, y a la vez ávida de un rigor formal que dé sentido, esto es, narratividad, a su vida.

³ Todas las citas de *Su único hijo* proceden de la segunda edición de Alianza Editorial, Madrid, 1969.

⁴ JOSÉ SUBIRÁ, *Historia y anecdotario del Teatro Real*, Editorial Plus-Ultra, Madrid, 1949, pp. 105-106. Cit. por D. J. O’CONNOR, art. cit., p. 135.

Considerando el tiempo necesario para su inclusión en el repertorio de una compañía ambulante y la irregularidad con que se representan óperas en la ciudad donde transcurre la acción (p. 34), cabe retrasar la fecha de ésta cuando menos hasta finales de la década de los cincuenta. Por otra parte, la declaración de don Basilio de que él es un médico “espiritualista⁵, aunque no es esa la moda reinante”, sugiere el predominio del positivismo. Corroboración esta sugerencia la pretensión del primo Sebastián de expresar afinidad con su época por medio de groserías con las cocineras. Como excusa para sus vulgaridades pretexto el vivir en “un siglo positivo”. También Bonifacio, cuando sueña con un brillante futuro para su hijo, se insta a sí mismo a dedicarse “a lo práctico, a lo positivo, a ganar dinero” (p. 266), trasladando al término filosófico el sentido adquirido en su vulgarización. La caracterización de algunos personajes de la novela responde, como muy bien observa Edith F. Helman, a la incidencia de algunos rasgos del positivismo vulgarizado⁶. La generalización de las doctrinas positivistas en España fue posterior a la muerte de Comte en 1857. Francisco de Paula Canalejas tiene en cuenta el positivismo en su obra *Del estado actual de la filosofía en las naciones latinas* (Madrid, 1861), e igualmente, en el mismo año, Patricio de Azcárate en su *Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* (Madrid, 1861). La referencia a la moda positivista nos sitúa, por tanto, en época posterior a 1860. La obra dramática de Tamayo y Baus, *Lo positivo*, es de 1862. Tamayo se hace eco de la vulgar equiparación de positivismo con materialismo, confusión extendida a los profesionales españoles de la filosofía, como lo muestra el ataque a la nueva doctrina por parte del dominico Ceferino González en su artículo “El positivismo materialista”, en *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales* (Madrid, 1873).

Dato importante es que en la tertulia de Cascos se recuerda a la *Tiplona*, cantante de ópera que vivía en el pueblo “el año cuarenta”, y de la cual Bonifacio, “muy joven entonces”, había admirado las buenas partes (p. 33). Suponiendo a Bonifacio una edad de doce a quince años en 1840⁷, y teniendo en cuenta que más

⁵ Don Basilio es un seguidor rezagado de la filosofía espiritualista de Victor Cousin, declinante en el periodo ascensional del positivismo.

⁶ En su recensión del libro de Mariano Baquero Goyanes, *Una novela de Clarín: “Su único hijo”*, EDITH F. HELMAN (*HR*, 22, 1954, p. 83) observa que “the most contemptible characters —mean, empty, mediocre, cynical— are all the inevitable products of positivism”.

⁷ A la objeción, formulada por un lector del presente trabajo basándose

adelante se dice de él que estaba “algo envejecido por los dolores de una vida prosaica, de tormentos humillantes” (p. 56), es decir, envejecido prematuramente, deducimos que el presente novelístico no puede llevarse mucho más allá de 1865, fecha en que Bonis rayaría los cuarenta, edad convincente, pues en otro lugar el narrador nos menciona que Bonis estaba en “su otoño viril” (p. 192)⁸.

La evidencia interna permite fijar bastante aproximadamente la época de la acción, pero ésta sólo es asequible mediante alusiones a aspectos cotidianos de la realidad de los personajes, lo cual sumerge la acción en una ambigüedad temporal paralela a la que envuelve a la localidad geográfica en que tienen lugar los acontecimientos. En otro lugar he analizado el empleo de la temporalidad en la narración, relacionándolo con la intuición del tiempo del protagonista⁹. Allí he señalado cómo la ausencia de una temporalidad definida y de una ordenación racional de los sucesos contrasta con los esfuerzos de Bonifacio para dar sentido a su

en las expectativas de vida en el siglo XIX, de que el término “muy joven” era inaplicable a una persona mayor de ocho años, cabe responder que las expectativas de vida, modificadas por una severa mortalidad infantil hasta las primeras décadas del siglo XX, aumentaban considerablemente después de los primeros años de la infancia. Sería necesario distinguir también entre el sentimiento de la edad en la clase trabajadora y en las clases acomodadas. Es sabido que la prolongación de la infancia en la adolescencia es un fenómeno burgués. En cualquier caso, basta con acudir a cualquier testimonio del siglo XIX, para constatar lo improcedente de la objeción. Engels cita una serie de accidentes laborales anunciados en el *Manchester Guardian* el 12, el 15 y el 29 de junio de 1844. El periódico distingue la edad de los accidentados, refiriéndose a ellos como “a boy”, “a youth”, y “a young man”, respectivamente. El más joven de éstos, considerado “a boy” por el periodista, era John Whitehead, de 12 años. FRIEDRICH ENGELS, *The condition of the working class in England*, tr. W.O. Henderson and W.H. Chaloner, Stanford University Press, Stanford, CA, p. 186. En otro pasaje, comentando los efectos dañinos del trabajo industrial en las muchachas, Engels identifica el periodo de la adolescencia con las edades comprendidas entre los 12 y los 15 años (p. 183).

⁸ De nuevo es Engels quien confirma la virtual equivalencia entre el sentido de la edad a mediados del siglo anterior y el actual. Cuando habla del envejecimiento prematuro de los obreros, observa que su aspecto a los cuarenta representa de diez a quince años más. Entonces como ahora, los cuarenta eran considerados mediana edad, como lo indica la comparación de los obreros envejecidos prematuramente con sus contemporáneos de las clases pudientes, los cuales “are well-preserved in middle age unless they drink to excess”, ENGELS, *op. cit.*, p. 181.

⁹ “Tiempo mítico y «tajada de vida» en *Su único hijo*, novela de «Clarín», RCEH, 1989, núm. 1, 95-116.

existencia por medio de paradigmas míticos. La atracción ejercida por el mito se debe a que este modo de conocimiento evoca un tiempo completo, plenamente constituido, que parece conferir sentido a la existencia. Pero esta temporalidad reversible, moldeable, traspasada de ucronismo, contrasta dramáticamente con el tiempo cronológico, hecho de precisión, de instantes encadenados causalmente, irrecuperables, instantes determinantes y determinados; en suma, necesarios e irrevocables. Donde la historia se presenta a la vez como necesaria e inescrutable, ámbito de la determinación, pero también de la libertad y de la incertidumbre, el tiempo mítico es un tiempo cerrado y, por tanto, cognoscible en su totalidad, sin sorpresas: una temporalidad adaptada, como un guante, a la forma de los deseos y las ensoñaciones. La reducción del acontecer exterior a un mero flujo sin puntos de referencia inequívocos en la historia del siglo XIX obedece a la particular percepción del tiempo por el protagonista. Es la reducción de una categoría existencial a su equivalencia en términos esenciales.

Lo que me interesa en el presente trabajo es la constitución autorial del tiempo y su historización, esto es, la relación del sentido del tiempo representado en la novela con el que domina en la época descrita, lo cual debería sugerir, mejor que cualquier generalización, la base de la ironía de Clarín, expresada en la alteración de las convenciones narrativas y, aspecto inseparable del anterior, en la parodia del tiempo novelístico romántico. Este tiempo que aspira a la totalidad, al que cabe llamar tiempo mítico, aparece como una evasión de la contradicción que constituye el tiempo de la novela. Tal contradicción no es otra que el contraste del tiempo vivido —lo que podríamos llamar la impresión de la fugacidad y, paradójicamente, de la inmovilidad— con el tiempo monumental, de bajo relieve pero datable, como hemos podido comprobar. El contraste, pues, entre un tiempo objetivo, cuya presión da consistencia a los personajes, y un tiempo sometido a la presión de éstos. Desde el punto de vista formal, la inconclusión de *Su único hijo* es, por supuesto, el comentario del autor al idealismo de su personaje, seducido por el atractivo de las tramas perfectas. El autor responde con un desplazamiento de las convenciones genéricas a los intentos de Bonis para definirse según una teoría de la lectura impropia (por vitalmente inauténtica). A pesar de la reacción antinaturalista en los últimos años de su vida, Clarín conserva en su segunda novela el rechazo de los desenlaces lógicamente conclusivos, rechazo antirromántico asociado

a la noción de *tranche de vie*¹⁰. Notemos de paso que la alteración de la trama convencional del género se produce desde el momento en que la acción novelesca, en lugar de concluir, se inicia con el matrimonio del protagonista. Este desplazamiento es significativo para la estructuración temporal de la novela, al eliminar uno de los procedimientos aceptados para dotar de conclusión al acontecer narrativo.

Carolyn Richmond fue la primera en observar el conflicto temporal en esta novela: “Within *Su único hijo* there is a kind of time which reminds us of the rectilinear time of the nineteenth-century realistic novel while, at the same time, rejecting it”¹¹. Richmond identificó la temporalidad dominante en la novela con “Bonifacio’s personal sense of time, which stands in vivid contrast to the more logical, sequential time [de la novela cronológica]”¹². Pero, aunque reconoció que ambas variantes del tiempo están relacionadas, redujo el contraste a la divergencia entre la actualización de los acontecimientos y su contemplación o rememoración por el personaje. La temporalidad dominante sería una descripción fenomenológica del acontecer, enmarcada por la conciencia de Bonis; con lo cual el problema del tiempo en la novela se reduciría a la diferencia entre el acto y el recuerdo. El tiempo de Bonis sería el tiempo de la nostalgia, y su omnipresencia textual una indicación de la pervivencia del romanticismo, posiblemente ironizado por la consideración de que esta vida hundida en la pasividad y la nostalgia, no menos que el tiempo que la envuelve, no tiene más densidad que la ficción¹³.

Tal explicación de la tensión temporal en la novela tiene el inconveniente de reducir esta problemática fundamental a la simple constatación del punto de vista dominante. Aproximaría a Clarín a Henry James, cuando en realidad son otros sus puntos de referencia. Ciertamente Flaubert y Galdós, con cuya técnica Richmond contrasta el proceder de Clarín, considerándolo opuesto. Según ella, en tanto que Galdós relaciona el tiempo novelístico con el tiempo histórico para indicar un paralelismo entre vida e historia, Clarín crea un tiempo novelístico vago para desdibujar

¹⁰ JUAN OLEZA tiene razón al advertir que “En *Su único hijo* hay toda una dimensión naturalista que no es posible olvidar”, “*Su único hijo* versus *La Regenta*: una clave espiritualista”, en *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo xix*, ed. Yvan Lissorgues, Anthropos, Barcelona, 1988, p. 440.

¹¹ RICHMOND, *op. cit.*, p. 58.

¹² *Ibid.*, p. 60.

¹³ *Ibid.*, p. 66.

el momento histórico de la acción¹⁴. Pero Galdós, no menos que Clarín, problematiza el tiempo en su novela más lograda. Ciertamente, el Madrid de la década de los ochenta es rescatado en su especificidad por la atención detallada del novelista, hasta el punto que Stephen Gilman ha podido escribir que "Part I of *Fortunata y Jacinta* is a perfect time machine, perhaps the most complex and detailed world ever to be constructed within the frontiers of a single novel"¹⁵. Por otra parte, Galdós también contrapone el tiempo monumental al tiempo vivido y, como Clarín, construye la identidad de sus personajes según la configuración temporal de cada uno. El propio Gilman advierte en Galdós la misma incomodidad con la linealidad cronológica del realismo que Richmond señalaba en Clarín: "Had not, in other words, novelistic overemphasis on history (political and social time) tended to distract nineteenth-century novelists from temporality as a phenomenon? I do not mean to suggest that the Galdós of *Fortunata y Jacinta* resembles Proust or Azorín, but I do think that their common point of departure is a redefinition of the acute temporal preoccupation of their contemporaries"¹⁶. Por mi parte sí me atrevería a sugerir una semejanza entre el sentido del tiempo azoriniano y el que se condensa en *Su único hijo*, semejanza sobre la que volveré más adelante. Por el momento, observemos que también Galdós, al principio de su novela, muestra preferencia por "the least significant form of temporal awareness: the «remote news» of recent, half-forgotten local history"¹⁷. Y que la lentitud del tiempo vivido por *Fortunata*, lo que Gilman llama "her temporal authenticity", contrasta no sólo con la volatilidad temporal de los otros personajes¹⁸, sino también con el rigor del tiempo histórico que da su forma particular a la sociedad.

La relación literaria entre Clarín y Flaubert ha sido estudiada por varios críticos en lo tocante a *La Regenta*¹⁹. Marie E. Barbie-

¹⁴ *Ibid.*, p. 58.

¹⁵ STEPHEN GILMAN, *Galdós and the art of the European novel: 1867-1887*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1981, p. 291.

¹⁶ *Ibid.*, p. 367.

¹⁷ *Ibid.*, p. 369.

¹⁸ *Ibid.*, p. 375.

¹⁹ G. LAFFITTE, "Madame Bovary et La Regenta", *BH*, 45 (1943), 157-163. SHERMAN EOFF, "In quest of a god of love: Gustave Flaubert, Leopoldo Alas", *The modern Spanish novel*, New York University Press, New York, 1961, pp. 51-84. JUAN AGUDIEZ, "Emma Bovary-Ana Ozores o el símbolo del amor", en *Inspiración y estética en "La Regenta" de "Clarín"*, La Cruz, Oviedo, 1970. HELMUT HATZFELD, "La imitación estilística de *Madame Bovary* (1851)

ri ha llevado su atención a las reminiscencias del autor francés en *Su único hijo*. El punto que ella encuentra en común entre ambos autores es la crítica de un mundo conformado por un romanticismo decadente, la tenacidad con que la realidad destruye los intentos de convertir la vida en una trama novelística²⁰. Lo cual, analizado con atención a la temporalidad, supone el conflicto entre el poder disolvente de una duración vivida como eco de un tiempo plenario cargado de significación y la falsa conciencia romántica que se instaura con la recuperación subjetiva de ese tiempo, el tiempo de la historia propiamente dicha. La intuición temporal de Bonifacio Reyes es fundamentalmente la misma que la de Flaubert; para ambos la actualidad es un reflejo amortiguado de una existencia anterior más fuerte. El recuerdo remoto de la casa familiar es interceptado por el recuerdo más reciente de la decrepitud del edificio y la campaña demoledora desatada por la prensa: “¿Pero cuándo se derriba la inmunda fachada de la esquina asquerosa de la calle del Mercado?” Afectado por la sensación de la historia como decadencia, Bonis se somete a idéntica comparación con el pasado: “¿Y él mismo —pensaba Bonifacio— qué era más que un esquinazo, una ruina asquerosa que estaba molestando a toda una familia linajuda con su insistencia en vivir, y ser, por una aberración lamentable, el marido de su mujer?” (p. 34). Para Bonifacio Reyes, como para Flaubert, la historia es recuperable solamente bajo la forma de nostalgia. La impotencia de Flaubert recuerda la de Bonis cuando éste se siente atraído por una vida azarosa y brillante de artista nómada más allá de su círculo vital: “Que ne donnerais-je pas pour voir un triomphe, que ne vendrais-je pas pour entrer un soir dans Suburre quand les flambeaux brûlaient aux portes des lupanars. . .”²¹. La reducción de la existencia al momento actual, subordinada en ambos escritores a la opción emblemática de una vida en una capital de provincia, expande el sentimiento de la duración como

en *La Regenta* (1884)”, *BICC*, 32 (1977), 40-53. GONZALO SOBEJANO, “De Flaubert a «Clarín»”, *Quimera*, 1981, núm. 5, 25-29; “*Madame Bovary* en *La Regenta*”, *CdeN*, 1981, núm. 7, 22-27. CARLOS CLAVERÍA, “Flaubert y *La Regenta*”, en “*Clarín*” y “*La Regenta*”, ed. Sergio Beser, Ariel, Barcelona, 1982, pp. 165-183.

²⁰ MARIE E. BARBIERI, “Romantic disillusionment in «Clarín's» *Su único hijo* and Flaubert's *L'éducation sentimentale*”, *RNo*, 29 (1989), 185-186.

²¹ GUSTAVE FLAUBERT, *Correspondance*, en *Œuvres*, ed. Conard, t. 2, p. 6. Cit. por GEORGES POULET, *Études sur le temps humain*, 4 ts., Éditions du Rocher, Paris, 1952, p. 358.

tiempo detenido en el umbral del devenir: “Le monde n’est pas assez large pour l’âme, elle étouffe dans l’heure présente”²². La conciencia de que la vida sólo puede ser vivida como repetición precaria e incompleta de un pasado que posee la norma del presente, suscita en Bonis la sensación de futilidad y el terror de la historia que Flaubert ha llamado “le frisson historique”²³. Pero ambos descubren que la redención de la existencia se encuentra en la capacidad de combinar los fragmentos del pasado (vivido o soñado) creando un tiempo mítico, fenomenológicamente eficaz, que puede amortiguar e incluso suplantar al tiempo de la duración, el “tiempo-abismo” que interpone su vacío entre los momentos de una vida descoyuntada²⁴. A propósito de la conciencia mitificadora en Flaubert, Ángel Medina ha observado que “Once the narrative healing of false consciousness has taken place, the human universe is brought back to zero”²⁵. La anulación del tiempo objetivo es a la vez el proyecto y el resultado de la novelización de la vida a que se entregan los protagonistas de Flaubert y el de *Su único hijo*. Tiempo objetivo que, no obstante, transcurre efectivamente como dinámica de las relaciones sociales, y que sorprende a la conciencia mitificadora bajo el aspecto simbólico de su propia materialización: así, por ejemplo, en la acumulación de la deuda que devora la casa de los Bovary, y de la que pone a Bonis en manos del administrador de la familia Valcárcel. El tiempo objetivo, como guardián de las relaciones sociales, especifica la jerarquía del poder. Este tiempo destruye la fabulación del sujeto, arrancándolo a su autoheroización para devolverlo a la servidumbre constitutiva de su realidad limitada, inserta en una red de relaciones inextricables. En el deliquio del agasajo recibido en calidad de anfitrión en una escena perfectamente teatral —apropiadamente representada por cómicos—, Bonis, impelido como por un resorte, salta en su asiento a la vista del reloj que tiene enfrente:

—¡La hora! —grita aterrado, y procura separarse de la mesa y echar a correr...

²² *Correspondance*, t. 1, p. 253. Cit. por POULET, *op. cit.*, p. 358.

²³ *Ibid.*, t. 3, p. 19. *Apud. loc. cit.*

²⁴ “Le temps-abîme est un temps qui fait l’abîme, qui fait que les moments ne se rejoignent pas. L’être n’est plus appuyé en arrière à son passé. Il est adossé au néant”, POULET, *op. cit.*, p. 357.

²⁵ ÁNGEL MEDINA, *Reflection, time and the novel: toward a communicative theory of literature*, Routledge & Kegan Paul, London, 1979, p. 99.

—¿Qué hora? —preguntan todos.

—La hora de. . . —Bonis miró a Serafina con ojos que imploraban compasión y ser adivinados.

Serafina comprendió; sabía algo, aunque no lo más humillante, de aquella esclavitud doméstica (p. 93).

La libertad humana se expresa como capacidad para evadirse de la conciencia vigilante y caer en la ensoñación. La soledad a que se entrega Bonis en el refugio de su cuarto, condición de la fabulación liberadora, lo rescata del tiempo, particularmente del futuro, tiempo de cuentas y abolición del tiempo subjetivo, en que el sujeto se autorrepresenta como instancia de poder en control de todos los instantes. De nuevo, son aplicables a Clarín las apreciaciones de Ángel Medina a propósito de Flaubert: "In Flaubertian time, the future is possible only within the web of self-deception, the past can be reconstructed out of the false progress of consciousness. And the present? The present is hopelessly lost in the impossibility of communication"²⁶.

Pensando en el amor familiar, esa construcción ideal, cronotopo de la novela burguesa —para emplear la expresión de Bakhtin—, Bonis tiene una visión de la sucesión humana, visión que revela su intuición de la sucesión temporal, su percepción de la duración:

Aquella era la fuente; allí estaba el manantial de las verdaderas ternuras. . . ¡La cadena de los padres y los hijos! . . . Cadena que, remontándose por sus eslabones hacia el pasado, sería toda amor, abnegación, la unidad sincera, real, caritativa, de la pobre raza humana; pero la cadena venía de lo pasado a lo presente, a lo futuro. . . , y era cadena que la muerte rompía en cada eslabón; era el olvido, la indiferencia. Le parecía estar solo en el mundo, sin lazo de amor con algo que fuese un amparo. . . , y comprendía, sin embargo, que él era el producto de la abnegación ajena, del sacrificio amoroso en indefinida serie. ¡Oh infinito consuelo! El origen debía de ser también acto de amor; no había motivo racional para suponer un momento en que los ascendientes amaran menos al hijo que éste al suyo. . . Bonifacio se había vuelto un poco hacia la pared; la luz, colocada en la mesilla de noche, pintaba el perfil de su rostro en la sombra sobre el estuco blanco. Su sombra, ya lo había notado otras veces con melancólico consuelo, se parecía a la de su padre, tal como la veía en los recuerdos lejanos. Pero aquella noche era mucho más clara y más acentuada la semejanza (pp. 216-217).

²⁶ *Ibid.*, p. 99.

Lo primero que llama la atención en este párrafo es el relieve, la magnitud casi sensible con que Bonifacio se representa el fenómeno de la sucesión. Ésta se hace perceptible en sus estadios psicológicos —presente, pasado y futuro— por medio de la metáfora de la cadena, que no es sino la imagen de la causación. Pero esta perceptibilidad se logra a cambio de una deshistorización del flujo temporal. Este tiempo causal, sometido a una crítica racional que garantiza su coherencia, es una superación de la mutabilidad, constitutiva del paradigma temporal desalojado por el racionalismo. Las series temporales enlazadas en la intuición de las generaciones forman una dimensión homogénea, en la que destaca la iterabilidad y, en consecuencia, la inmovilidad. El mundo reposa sobre un fundamento permanente, hecho a medida humana, cuya condición de posibilidad es justamente su anclaje en el pasado y la negación del futuro en cuanto categoría sustantiva. El futuro es la muerte, pero ésta no es otra cosa que la disolución del tiempo: el olvido y la indiferencia, o sea, la disolución del acontecer como recuerdo y como proyecto.

La visión deshistorizadora de Bonis es perfectamente historizable; responde a la intuición temporal dominante en la segunda mitad del siglo XIX. La causación ha sido la noción central en la experiencia decimonónica del tiempo. Nunca como en esta época ha parecido el tiempo tan perceptible, ha escrito Georges Poulet, añadiendo que “ce temps perceptible n’est tel que parce qu’il est conçu comme une immense chaîne causale”²⁷. En esta intuición del tiempo el futuro está hipotecado por el pasado, se desprende de aquél por un acto generativo indefinido que, evidentemente, guarda estrecha relación con la preocupación que sostiene la meditación de Bonis. La sucesión genésica, concebida como una cadena, acude a su mente como respuesta al problema fundamental de la duración, que es siempre, primariamente, el de la continuidad de la conciencia. Sin poder detenernos en ello, señalemos que el triunfo de la noción causal del tiempo en el siglo XIX se relaciona con el ascenso histórico de la familia burguesa, definida por la intimidad y el sentido de lo privado. Basta comparar la función de la familia burguesa del siglo pasado con la de la familia patricia en Roma —unidad social constitutiva del estado y encargada de transmitir el sentido de lo público a través del culto a los antepasados— para darse cuenta de que ambas unidades están basadas en conciencias temporales distintas. En tanto que la con-

²⁷ POULET, *op. cit.*, p. 42.

ciencia de la tradición define la naturaleza de la familia romana, orientándola hacia el pasado monumental y hacia los descendientes que se sumarán a la vida del estado, la familia burguesa se funda en el aislamiento y la desterritorialización; es un enclave temporal donde el individuo puede evadirse de la vida pública a la esfera incompatible del sentimentalismo. La cronología causal, concebida como la transmisión de un principio fecundador de los instantes, corresponde, en el ámbito de la familia, a la identificación de la preocupación genésica con la perpetuación de unos rasgos particulares, cuya individualidad, insignificante en lo que concierne al estado, es sin embargo de la mayor importancia para la autoconciencia del sujeto burgués.

En la diacronía causal, la génesis de cada instante en el anterior comporta necesariamente un principio generador, una cierta ley de la generación que se repite inmodificada en cada uno de los eslabones. De nuevo Poulet: “Derrière la genèse, il y a la *loi génératrice*, principe premier de la durée, mais sans durée, et tel qu’en le pensant, la pensée s’exile hors du temps, pour tomber dans une sorte d’éternité négative”²⁸. Para Bonis este principio intemporal es el amor, principio que él opone a la muerte, y que no obstante procede de la conciencia de los propios límites. Intuición que está en la base del sentimiento del tiempo y que, intemporal ella misma, es una abstracción ideada como refugio frente a la mutabilidad inherente a la historia, y simultáneamente un sentimiento que sólo puede ascender a la conciencia ejerciendo su acción sobre un sujeto. Como representación es una categoría intemporal, en tanto que como sentimiento contingente está en contacto íntimo con la existencia y, en consecuencia, rezuma temporalidad. La quiebra de la tradicional creencia en la racionalidad del mundo y la naturaleza, expresada por última vez en la fe positivista a la que se adhiere Bonis tardíamente, obliga al sujeto a buscar con mayor intensidad que nunca la racionalidad de su existencia, esto es, a fundamentar ésta en un sentido humano y coherente con las necesidades psicológicas y éticas del individuo. Bonifacio Reyes encarna novelísticamente las consecuencias descritas por Hegel para la suspensión histórica de la creencia en una finalidad superior de la vida humana. La ruina de tal creencia enfrenta al ser humano con la conciencia de su finitud, y simultáneamente despierta en él la vida del sentimiento²⁹. Trans-

²⁸ *Loc. cit.*

²⁹ MEDINA, *op. cit.*, p. 12.

formación que sin duda ha sido vivida por Clarín hacia la fecha en que concibe *Su único hijo*. La emotividad que se apodera de él frente a la incapacidad de hallar un fundamento racional a la historia es idéntica a la de su personaje:

La historia me entenece; tantos esfuerzos, tantas generaciones muertas, caídas como los polichinelas de un teatro, tantos dramas y dibujos y colores no se sabe para qué gran misterio, hacen amar todo lo que pasó, sobre todo admirarlo, compadecerlo. Piense usted en la historia oyendo buena música y las lágrimas saltan al cerebro³⁰.

Si el problema consiste en eludir la dolorosa lucidez de la discontinuidad, de la cesación, del abismo que se abre ante el momento presente, la solución adoptada por Bonifacio se acuerda con el mito definidor de su clase social en su momento histórico: el mito del progreso. Considerando la necesidad de renovar su vida, Bonifacio resuelve el problema que le había inquietado hasta ese momento. La dificultad de asociar continuidad y ruptura, expresada como incompatibilidad entre aventura y domesticidad —“¿Sería la familia incompatible con la *pasión*, como las babuchas con el laúd? Tal vez no, pero él no había encontrado la *conjunción* de estos dos bellos ideales” (p. 147)— desaparece a favor de las transformaciones graduales, de la evolución regimentada por causas y efectos: “No esperaba milagros. No le gustaban siquiera. El milagro era un absurdo, algo contra la fría razón, y él quería método, orden, una ley en todo, ley constante, sin excepción” (p. 194). Postulando la determinación del presente y del futuro por el pasado, el mito del progreso se revela como el mito de la certidumbre y de la seguridad, como la disposición mental de un universo en que toda posibilidad está contenida en lo actual y diseñada de antemano. De ahí que esta noción acabe siendo más consoladora que la noción opuesta de ruptura y evasión de la conciencia hacia la indeterminación, noción que Bonis, incapaz de aceptar la actualidad del presente, acaricia pasajeramente como alternativa a la acumulación mecánica de nuevos instantes hechos con la sustancia del recuerdo:

Un día encontró Bonis en un libro la palabra *avatar* y su explicación, y se dijo: “¡Una cosa así me vendría a mí perfectamente! Otra

³⁰ Carta a Galdós, abril de 1887. S. ORTEGA, *Cartas a Galdós*, Revista de Occidente, Madrid, 1964. Cit. por OLEZA, *op. cit.*, p. 433.

alma que entrara en mi cuerpo; una vida nueva, sin los compromisos de la antigua” (p. 194).

Notemos, sin embargo, que la imaginación de la discontinuidad se resuelve para Bonis en una esperanza cíclica, esto es, en una continuidad de conciencia postulada paradójicamente como un comienzo: “Ese es el *avatar* que yo necesito. ¡Un ser que sea yo mismo, pero empezando de nuevo, fuera de mí, con sangre de mi sangre!” (p. 194). Esta aspiración entraña el doble y antitético deseo de mantener la continuidad de la conciencia y al mismo tiempo liberarla de la inquietud de la sucesión, definida por momentos diferenciales (la historia personal) y por la siempre inminente posibilidad de la ruptura. La composición cíclica de esta concepción del tiempo no es incompatible con la linealidad esquemática de la noción de progreso; también la cadena se compone de anillos. En el naturalismo, que simplemente invierte el sentido del progreso, aparece una cierta organización cíclica en la negación de la libertad por los determinantes de la herencia y el medio. La degeneración, como el progreso, es una intensificación de lo ya vivido, una acumulación de experiencias idénticas o, para recuperar una imagen de *L'Assommoir*, una destilación del tiempo reducido a una causa pura: el alcohol, concretamente, en esta novela de Zola.

El deseo de Bonis de asegurar la continuidad y a la vez liberarse de la ruptura es alcanzable en el mito del progreso, donde la imagen de la cadena infinita restablece, de manera aceptable para la conciencia burguesa decimonónica, la satisfacción mítica surtida por la concepción espiritualista del término “avatar”. Pues la cadena se define simultáneamente por la limitación de cada uno de los eslabones y por la superación paradójica de esta limitación en la reiteración ilimitada del mismo principio. El importe de ambas concepciones es, finalmente, suprimir el sentimiento de caducidad y la irrupción de lo heterogéneo. Y el medio de lograrlo, en la visión de la diacronicidad de las generaciones, consiste en postular la identidad del principio generador, la reiteración indefinida de las causas y efectos y su conversión en ley intemporal, fundadora de la duración pero extraña a ella. Con esta intuición Bonifacio anula el tiempo. No hay diferencia alguna entre su sombra, esto es, su forma ideal, desmaterializada, y la de sus antepasados; la particularidad e historicidad de la fisonomía cede a la intemporalidad de la forma ancestral, en que se funden y conservan los individuos. La reducción del tiempo al paradigma de la

causación tiene por resultado evacuar la diferencia, creando una historia fantasmagórica, una historia en que la conciencia del individuo se extiende hacia un pasado reconstruido subjetivamente y hacia un futuro fantaseado. Es un mundo definido negativamente como evasión del mundo actual, un mundo que no resiste al intento de insertarlo en la realidad espacio-temporal y se evapora en la constatación de nuevas y abrumadoras diferencias. “Un monde de causes et d’effets —ha escrito Poulet— devient un monde illusoire, un monde qui se dissipe, comme le brouillard, en lambeaux de durée, dont certains, plus hallucinatoires, survivent un peu plus longtemps que d’autres”³¹. De esta manera se transforma en dolorosa constatación de separación y disgregación temporal la búsqueda por Bonis de una duración exclusivamente suya, de los Reyes:

Antes del anochecer, se proponía llegar a Raíces, que estaba al paso, y detenerse media hora; ¿para qué? No sabía. Para soñar, para sentir, para imaginarse tiempos remotos, a su manera; para pensar a sus anchas, en la soledad, libre de Lobato, y Nepo y Sebastián, en los Reyes que habían sido, y en los que eran, y en los que habían de ser (p. 261).

La imaginación de un retorno en términos épicos, episodio del mito patriarcal restaurado, se quiebra en la percepción del extrañamiento, de la materialidad interpuesta por el tiempo entre el sujeto y la identidad postulada como origen:

Se acordó de Ulises volviendo a Itaca . . . ; pero él no era Ulises, sino un pobre retoño de remota generación . . . El Ulises de Raíces, el Reyes que había emigrado, no había vuelto . . . ; a él no podían reconocerle en el lugar de que era oriundo. [. . .] ¿Qué habría sido de Ulises-Reyes! ¿Por qué habría salido de allí? ¿Quién sabe! Tal vez esos chiquillos, que parecen hijos del estiércol, como lombrices de tierra, son *parientes* míos . . . Son de mi tribu acaso (pp. 262-263).

Incapaz de crearse un ser en la duración, Bonifacio vive el tiempo como perpetua disolución, como caducidad de las cosas, como interposición entre el sujeto y su mismidad. A esta caducidad, que es también sensación de la propia finitud, se enfrenta, paradójicamente, con un intento de anular el tiempo. Tras su intento de romper la estéril duración y de evadirse del tiempo cronológico

³¹ POULET, *op. cit.*, p. 43.

conquistando la sensación romántica del tiempo —culminación del tiempo en el instante— en su aventura con Serafina, Bonis se acomoda a la imagen burguesa del tiempo como progreso causal, como serialidad de instantes determinados (Bonis diría que redimidos) por un principio atemporal. La voluntad de resumir románticamente la duración en el instante, la vida en la punzada de la sensación, había de quebrarse en el descenso ineludible al desierto de la duración cada vez que Bonis recorre el camino que va de Serafina a Emma. Habiendo agudizado su experiencia del tiempo negativo, hecho de destrucciones, justamente por contraste con los instantes en que logra evadirse en la momentaneidad, Bonis acaba aspirando, como el individuo moderno en una de sus facetas, a una experiencia del ser fuera de la duración, a una renovación perpetua de la conciencia en un principio intemporal libre de las servidumbres de la historia.

El amor a los orígenes aparece como la última de las estratagemas de la conciencia burguesa para restablecer su fe en un sentido transubjetivo de la existencia. Lo que se ha llamado crisis espiritual de Clarín tiene en común con la de Bonifacio Reyes la búsqueda de un último santuario, una última correspondencia entre la racionalidad humana y un mundo definitivamente desencantado por el criticismo. En el abismo del desencanto se encuentra siempre, según él, “un respeto incólume, como un último culto: el de los lares, cual si volviera el hombre, desengañado, a la religión primitiva de nuestras razas, que le decía «Ama a los tuyos»”³². Así expresada, esta religiosidad residual tiende, como en el caso del patriarcalismo de Bonis, a reducir la multiplicidad a mismidad, a personalizar la historia hipostasiándola en los ídolos de la tribu, a suprimir la duración encerrándola en la relación del sujeto consigo mismo. En la *Filosofía del derecho* Hegel establece la “religiosidad” de los lazos familiares, fundamentándola en una relación de eticidad comunal distinta del sistema contractual y de la moralidad abstracta que rige las otras relaciones sociales. La base de la eticidad concreta que caracteriza a la familia es, según Hegel, “el abandono de la personalidad”³³. En estas condiciones, “la sustancia, en esta conciencia de sí real que es la suya, se conoce y convierte en objeto de este saber”³⁴. Con el sacrifi-

³² “Zola: *La terre*”, en *Ensayos y revistas*, Fernández y Lasanta, Madrid, 1892, p. 50. Cit. por OLEZA, *op. cit.*, p. 433.

³³ § 40, cit. por PAUL RICOEUR, “La paternité: du fantasme au symbole”, en *Le conflit des interprétations: essais d’herméneutique*, Seuil, Paris, 1969, p. 468.

³⁴ § 146, *ibid.*, p. 469.

cio de la individualidad de los miembros familiares, el espíritu de la comunidad familiar en el tiempo y en el espacio “se desprende entonces como una forma concreta para la representación, como por ejemplo los Penates, y es honrado y da el carácter religioso de la familia y del matrimonio, convirtiéndose en objeto de piedad para sus miembros”³⁵. Es la imagen eternizada del padre muerto la que se eleva a la categoría de representación de la sustancia temporal. Ante esta imagen la conciencia sacrifica su libertad de insertarse en la discontinuidad mediante el salto a series temporales inéditas: “en lugar de reservarse la contingencia y lo arbitrario de la inclinación sensible, la conciencia retira a lo arbitrario el poder de comprometer y se lo entrega a la sustancia, al comprometerse ante los Penates”³⁶. No obstante, la historia irrumpe en la conciencia de Bonis cuando ésta logra abrirse a la diferencia y al cambio, cuando se anticipa al acontecimiento que ya no es sucesión sino irrupción de algo distinto e interrupción de la cadena imaginada como reproducción de una subjetividad solitaria. Si había empezado deseando un alma distinta en el mismo cuerpo, para desear a continuación la persistencia del alma ancestral en un cuerpo nuevo, Bonis acaba por celebrar la posibilidad de la renovación absoluta, aceptando la constitución del futuro como azar e impenetrabilidad, como otredad sorprendente. Sólo entonces se abre su temporalidad al devenir, del cual Levinas ha dicho que “c’est ce qui n’est pas saisi, ce qui tombe sur nous et s’empare de nous”³⁷. De ahí la solemnidad con que acoge el rito transicional del bautismo, evidentemente más eficaz sobre la conciencia del adulto que sobre la incipiente temporalidad del recién nacido:

¡Era tan solemne el nacer, el tomar un nombre en la comedia azarosa de la vida! ¡El bautizo hacía pensar en el porvenir, en una síntesis misteriosa, de punzante curiosidad, de anhelante y temerosa comezón de penetrar el porvenir! (p. 268).

El heroísmo legítimo que tantos críticos han visto en la afirmación de su paternidad por Bonis, y que otros han considerado como definitiva ironía del autor, es, en realidad, ambas cosas. Ironía en cuanto Bonifacio no es, después de todo, el padre de Antonio Reyes, y en cuanto el heroísmo que le atribuyen sus lectores

³⁵ § 163, *loc. cit.*

³⁶ § 164, n., *ibid.*, p. 470.

³⁷ EMMANUEL LEVINAS, *Le temps et l'autre*, P.U.F., Paris, 1979, p. 64.

es tan subjetivo como las diversas versiones de heroísmo romántico imaginadas por él. Es de notar, sin embargo, que al final de la novela Bonis no es el sujeto de la imaginación heroica, sino su objeto. Las comparaciones literarias han desaparecido de su mente, porque en su apertura al porvenir Bonis ha superado los referentes icónicos. Cuando se le compara con la imagen de San Sebastián, Bonis es tan ajeno a la semejanza como al eco religioso de su afirmación de paternidad en las últimas palabras de la novela. Su afirmación es mucho más radical que el instinto de amar la mismidad, en que Clarín veía la religiosidad primordial. Bonis comprende que le han arrebatado la paternidad biológica, y por consiguiente el último reducto causal de su pervivencia: “Estoy seguro, Serafina; mi hijo... es mi hijo. ¡Oh, sí! ¡Dios mío! ¡Es mi hijo!... Pero... ¡como puñalada, es buena! Si me lo dijera otro... ni lo creería, ni lo sentiría. Me lo has dicho tú... y tampoco lo creo...” (p. 276). Pero esta ruptura establece plenamente la libertad de su amor paterno y asegura su apertura al porvenir en la aceptación de la otredad encarnada por el hijo. El tiempo penetra en su conciencia como aceptación de la ruptura y de la muerte. En términos psicoanalíticos, Bonis acepta la muerte del padre, del fantasma del padre que ha contaminado su existencia como proyección fantástica de su imposible plenitud humana. Acepta la mortalidad del padre, esto es, su propia mortalidad, sobreponiéndose al deseo de perpetuarse físicamente y renunciando a la extensión indefinida de una temporalidad subyugadora de generaciones. Puede hablarse de una reestructuración psíquica que tiene por consecuencia la sustitución de la identificación con el padre (identificación que se halla en la base de los sentimientos de inadecuación) por un reconocimiento mutuo de las diferencias que los individualizan. Aquí, naturalmente, el proceso aparece invertido, siendo el padre quien destruye el lazo mítico al aceptar la ausencia de engendramiento físico; no es necesario insistir, sin embargo, en que las consecuencias de tal reconocimiento actúan inevitablemente sobre su anterior concepción de la paternidad como devoradora de la historia³⁸.

Clarín se ha anticipado a Levinas en la comprensión de la apertura del sujeto a la temporalidad genuina en la paternidad. La

³⁸ En su interpretación de la disolución del complejo de Edipo, Paul Ricoeur observa que la paternidad legitima el engendramiento y no a la inversa: “C’est sur cette acception de la mortalité que pourra s’articuler une représentation de la paternité distincte de l’engendrement physique et moins adhérente à la personne même du père. L’engendrement est de nature, la paterni-

pregunta del pensador francés, “Comment le moi peut-il rester moi dans un toi, sans être cependant le moi que je suis dans mon présent, c’est-à-dire un moi qui revient fatalement à soi?”³⁹, está resuelta de antemano por Bonis, de quien sabemos que “era su plan para la vejez solitaria, hacerse filósofo” (p. 116). Bonis sabe que la paternidad es el único medio, y sabe también que la devolución del sujeto a sí mismo (la visión de la cadena ancestral de yos idénticos) puede redimirse, como dice Levinas, “grâce à la perspective d’avenir ouverte par l’éros”⁴⁰. Gracias al amor, entendido no como causa genésica al principio de la cadena generacional, sino como categoría opuesta a la causación, como vínculo condicionado precisamente por la desaparición de la renovación en la mismidad. “La paternité n’est pas simplement un renouvellement du père dans le fils et sa confusion avec lui, elle est aussi l’extériorité du père par rapport au fils, un exister pluraliste”⁴¹. Esta multiplicación de la realidad en una diversidad genuina tiene consecuencias formales para la narración. En primer lugar, porque, como hemos visto, permite a Bonis hallar una salida de la temporalidad espuria en que ha intentado ahogar su aprensión a la muerte, a la que “tenía mucho miedo por el dolor y la incertidumbre de ultratumba” (p. 194). Bonis reconstituye el tiempo como libertad frente a lo imprevisto. De nuevo Levinas parece comentar esta novela: “Ce n’est donc pas selon la catégorie de la cause, mais selon la catégorie du père que se fait la liberté et que s’accomplit le temps”⁴². Y en segundo lugar, porque la libertad obtenida por el protagonista necesariamente ha de manifestarse en la imperfecta conclusión de la novela, cuya irresolución equivale a la afirmación de un futuro narrativo genuino, de otra novela posible más allá de la mera sugerencia de continuidad de vidas ya definidas en lo esencial. Una nueva textualidad en lugar del muñón con que se despide del lector la novela tradicional; una nueva crisis y un nuevo desarrollo en lugar del apéndice en que convencionalmente se comprime el devenir con la afirmación implícita de que es un tiempo idéntico a sí mismo, un tiempo en que toda crisis ha sido remontada.

té est de désignation. Il faut que le lien de sang soit véritablement institué; alors le père est père, parce qu’il est désigné comme et appelé père”, RICOEUR, *Le conflit des interprétations*, p. 461.

³⁹ LEVINAS, *op. cit.*, p. 85.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 86.

⁴¹ *Ibid.*, p. 87.

⁴² *Ibid.*, p. 86.

Habiendo analizado los aspectos vivenciales del conflicto temporal, queda por considerar la función del difuminado temporal comentado por casi todos los críticos de *Su único hijo*. A los planos temporales advertidos por Richmond, el de la historia y el de la acción, este último divisible en otros dos: el desarrollo cronológico y el tiempo como vivencia del protagonista⁴³, hemos añadido la tendencia a la intemporalidad del mito romántico y del mito de la conservación de la causa como aspectos del tiempo vivencial de Bonis. Las dimensiones temporales, inorgánicas entre sí, entre las cuales se juegan los “acronismos” de la novela son, pues, la historia o tiempo monumental, colectivamente significativo; el tiempo cronológico, medido mecánicamente y experimentado subjetivamente como duración; el tiempo mítico, opuesto a los anteriores. Los dos primeros son variantes del tiempo autoritario, exterior al sujeto; pero en tanto que el primero es el ámbito de la heterogeneidad y el cambio, de la libertad y la muerte, el segundo es un tiempo homogéneo, tiempo del dolor y de la soledad, tiempo que Bonis experimenta como pesadez de la existencia y que vive como imposibilidad de huida, a pesar de su búsqueda de un refugio en la crisis romántica del instante y de su intento de anular la duración remitiéndola a un principio intemporal del que se siente dueño⁴⁴. Este tiempo cronológico, transformado en duración por la conciencia narrativa, es el medio temporal privilegiado por la novela. Su oposición a la historia, responsable de la datación aproximativa de la trama, no obedece a la conciencia retrospectiva del protagonista sino a la técnica ensayada por Clarín para crear la impresión de cotidianidad, verdadera materia de la novela realista.

Si nuestra percepción de la duración, del desenvolverse de la sustancia de nuestra vida, depende esencialmente de la reaparición cíclica o regular de los fenómenos; si el tiempo es la conciencia de esta misma reiteración, y su densidad se acopia en ausencia de interrupciones del ritmo envolvente, cuasi orgánico, de los procesos vitales, la historia es, por el contrario, nuestra concien-

⁴³ CAROLYN RICHMOND, “*Su único hijo*”, en *Romanticismo y realismo*, ed. Iris M. Zavala, Crítica, Barcelona, 1982, p. 599.

⁴⁴ Conviene señalar que el tiempo vivencial del protagonista no sólo no coincide con la cotidianidad expresada en la duración, sino que es una resistencia a ésta. Paul Ricoeur considera el juego entre ambas categorías temporales la base del género novelesco: “L’art de la fiction consiste ainsi à tisser ensemble le monde de l’action et celui de l’introspection, à entremêler le sens de la quotidienneté et celui de l’intériorité”, RICOEUR, *Temps et récit*, p. 155.

cia de aquellas interrupciones, de las variaciones rítmicas, de lo inesperado, del cambio y la impresión en el tiempo de rasgos humanos nuevos e irrepetibles⁴⁵. El *pizzicato* de la historia produce la sensación de sucesión rápida; es la pulsación temporal propia de la vida ciudadana, de los centros nerviosos desde los cuales fulguran los mensajes que se reciben, ya muy amortiguados, en los órganos receptores provincianos. El sentimiento de la duración es, por el contrario, mucho más agudo en estos otros órganos de la vida nacional. Aquí, el lento suceder, cuya percepción deriva de que todo acontecimiento histórico es percibido como originándose en otro lugar y con absoluta independencia, adopta la faz de la rutina. Ésta no es otra cosa que la vivencia inmediata e inalterable de la continuidad. Cada acto, cada gesto, cada individuo, es una réplica; jamás un original. Su existencia no tiene otra finalidad que transmitir el pasado con la mayor fidelidad posible, y con ello asegurar que el futuro se constituya con el rostro de lo inveterado. La visión del presente como sombra del pasado, visión que se posesiona de Bonis al intuir el misterio de la temporalidad en la reiteración del acto amoroso, no sólo prepara su periplo mítico hacia el origen del tiempo, ejecutado espacialmente en su trayecto hasta Raíces, sino que sienta las condiciones para la ironía final del autor. Antonio Reyes no es hijo carnal de Bonifacio, y esto, como hemos visto, instituye la única salida genuina hacia el futuro en la libertad con que Bonis afirma la exterioridad radical del ser. Pero, en virtud de esa misma azarosidad del porvenir afirmada por su personaje, Clarín se ha apresurado a cerrar todo acceso al romanticismo produciendo la reiteración en la diferencia. Contrariamente a las imaginaciones de Bonis —“Él será el poeta, el músico, el gran hombre, el genio. . . Yo su padre” (p. 266)—, Antonio Reyes será, en la siguiente novela proyectada por Clarín, *Una medianía*.

En el triunfo de la iteración puede verse, desde luego, la persistencia de un supuesto naturalista: la determinación del medio, al que se concede en esta novela supremacía sobre la herencia. Pero sería erróneo deducir de esto el triunfo final de la causalidad en la segunda novela de Clarín. El medio actúa, lo mismo que en Azorín, como vehículo de la temporalidad —un análisis rigu-

⁴⁵ “Without change there is no history; without regularity there is no time. Time and history are related as rule and variation: time is the regular setting for the vagaries of history”, GEORGE KUBLER, *The shape of time: Remarks on the history of things*, Yale University Press, New Haven-London, 1962, p. 71.

roso mostraría que ambos son una misma cosa—, pero ésta ya no se identifica con la linealidad del tiempo decimonónico, sino con la intuición sustancial del tiempo como ámbito de la subjetividad. Intuición que procede, filosóficamente, de Bergson, a quien Clarín ha leído en los años de gestación de su novela⁴⁶, y que, en sus aplicaciones narrativas, separa decisivamente la novela modernista de la novela del siglo XIX. En *Su único hijo* Clarín muestra el contraste entre el tiempo cronológico y la *durée* de un modo inconfundible, que anuncia la preocupación azoriniana del tiempo y coincide con ella (y con la de Machado en *Campos de Castilla*⁴⁷) en el recurso a la vida provinciana como escenario privilegiado del conflicto entre el tiempo mecánico y su dimensión subjetiva⁴⁸.

La dificultad de establecer con precisión el momento histórico en que transcurre la acción en *Su único hijo* procede justamente de esta oposición. Es el dominio de la duración y la supresión de la historia lo que, en última instancia, refuerza el realismo de la novela y lo hace convincente. La voluntad del autor de reproducir la existencia provinciana en su misma contextura temporal explicaría, en caso de poder datar la acción después de 1868, la ausencia de referencias a la revolución⁴⁹. La incapacidad de Bonis para recordar fechas se debe, por un lado, a su renuencia a instalarse en el tiempo abierto, devorador de generaciones e individuos. Por otra parte, se debe al hecho patente de que los acontecimientos que dan forma a la aventura humana se producen siempre más

⁴⁶ Bergson es uno de los filósofos comentados en las perdidas conferencias de Clarín sobre “Teorías religiosas de la filosofía novísima”, leídas en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid en noviembre-diciembre de 1897, OLEZA, *op. cit.*, p. 429.

⁴⁷ En “Poema de un día”, “Noviembre 1913”, “Del pasado efímero” y “El mañana efímero”, *inter alia*.

⁴⁸ Azorín ha capturado la densidad del tiempo en la monotonía de la vida en los pueblos: “En los pueblos sobran las horas, que son más largas que en ninguna otra parte, y, sin embargo, siempre es tarde. ¿Por qué? La vida se desliza monótona, lenta, siempre igual. Todos los días vemos las mismas caras y el mismo paisaje; las palabras que vamos a oír son siempre idénticas. Y ved la extraña paradoja: aquí la vida será más gris, más uniforme, más fluida, *menos vida* que en las grandes ciudades, pero se la ama más, se la ama fervorosamente, se la ama con pasión intensa. Y por eso el egoísmo es tan terrible en los pueblos, y por eso la idea de la muerte maltrata y atosiga tantos espíritus. . .”, *Antonio Azorín*, Labor, Barcelona, 1970, p. 79.

⁴⁹ La falta de mención de estos acontecimientos preocupa a O’Connor, que, como hemos visto, tiende a fechar ciertos aspectos del ambiente con posterioridad a 1870. Cf. O’CONNOR, *op. cit.*, p. 136.

allá de su horizonte vital, al otro lado de la línea divisoria entre la mirada y la imaginación:

Ya la cualidad de extranjero, y aun la menos extraordinaria de forastero, era para Bonifacio muy recomendable; no ser de su pueblo, de aquel pueblo mezquino donde habían nacido él y su mujer, constituía una ventaja; ser de muy lejos era una maravilla. . . El mundo. . . , el resto del mundo, ¡debía de ser tan hermoso! (p. 37)

Su rebelión contra el tiempo sucesional es doble: rebelión contra la historia, que sólo llega a él domada y contenida en las formas del mito, en particular el mito romántico del artista; y rebelión contra la rutina, la palidez de la existencia que, en su inexorable repetición, pone a todas horas la conciencia ante el escándalo de la destrucción:

¡La historia! ¡Oh!, la historia en las óperas era una cosa muy divertida. . . *Semíramis*, *Nabucodonosor*, *Las Cruzadas*, *Atila*. . . , magnífico todo. . . , pero las de Gumía, las de Castillo. . . , tanta muerte, tanta vergüenza, tanta dispersión y podredumbre. . . , esto *encogía el ánimo* (p. 34).

La ambigüedad temporal y geográfica en *Su único hijo* responde, por una parte, al valor arquetípico del ambiente y la escasa reserva de sorpresas de la ciudad española de provincias del siglo pasado. Sobre esta disolución provinciana de lo histórico en lo rutinario y la consiguiente confusión de periodos e influencias epocales en la homogeneidad de la duración orgánica, actúa la conciencia de Bonifacio Reyes con su aspiración a la intensidad de significado que sólo manifiestan los acontecimientos históricos, pero evitando el riesgo de la ruptura y la indeterminación inseparable de ellos. En la afirmación de paternidad que tantos críticos interpretan como prueba de la superación moral del protagonista⁵⁰, éste accede a una intensificación emotiva de su experiencia, subrayada por el adjetivo “único” innecesariamente insertado en la declaración de fe. Este adjetivo, arrojado a Serafina como un de-

⁵⁰ GONZALO SOBEJANO resume esta actitud, muy difundida entre los críticos que se han ocupado de esta novela, al hablar de su preferencia por las interpretaciones que atienden “a la profunda dimensión psíquica, a la grandeza ética y al impulso poético (y al quijotismo) del mediocre-sublime Bonifacio Reyes, en comunidad honda de intención con su creador”, *Clarín en su obra ejemplar*, Castalia, Madrid, 1985, p. 154.

safío, abre nuevos interrogantes sobre la narración. Sin ánimo de cerrarlos, esbozemos no obstante una interpretación posible. La afirmación de Bonifacio, absurda si se entiende literalmente como negación de la legitimidad de otro presunto heredero, sólo puede significar una renuncia definitiva al engendramiento físico. De este modo Antonio sería definitivamente “su único hijo”, y la declaración tendría fuerza terminal al dirigirse a Serafina, la amante. Es posible ver en este gesto una superación de la dimensión cíclica del tiempo, a la vez que el rechazo del instante de experiencia total en que el romanticismo aspira a contener la duración. Se advierte lo que tiene en común esta concepción extática del tiempo con la crisis del acto sexual. El hijo se convierte así en un acontecimiento irrepetible, y el hecho de que este acontecimiento, en su fundamentación espiritual, dependa de la voluntad de Bonifacio abre una dimensión histórica en la conciencia del protagonista. Pero esta apertura histórica se mantiene en Clarín encerrada en los límites del individuo y en contradicción con la experiencia colectiva. Al “todo el mundo lo sabe” con que Serafina declara a Bonis su condición de marido engañado, éste podría oponer un “todo el mundo lo ignora” referido a la nueva localización de su existencia. Pero sería inútil, porque para los demás su paternidad es una variante de su nulidad consagrada, conforme con el espíritu de comedia que domina en el templo y se hace sensible con la música del órgano, ella misma un juego prolongado de variaciones sobre un tema *in ricorso*.

JOAN RAMÓN RESINA
Northwestern University